



Lecturas

Quinto grado

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



El dragón

Ray Bradbury

La noche agitó la hierba rala del **páramo**. No había ningún otro movimiento. Habían pasado muchos años desde que un ave cruzó la gran bóveda, inmensa y tenebrosa del firmamento. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, sólo la noche temblaba en el alma de los dos hombres, encorvados, en el desierto, alrededor de una hoguera solitaria; la oscuridad les latía calladamente en las venas, les golpeaba silenciosamente en sus pulsos y en las sienas.

Las luces de la fogata subían y bajaban por los rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espía la respiración débil y fría y los párpados de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

—¡No, idiota, nos delatarás!

—¡Qué importa! —dijo el otro hombre—. El dragón puede oler nos a kilómetros de distancia. Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

—Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos...

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡El dragón nunca ha llegado hasta el pueblo!

—¡Cállate, tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

—Deja que los devore y regresemos a casa.

—¡Espera, escucha!

Los dos hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo rato, pero sólo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tamboriles de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.



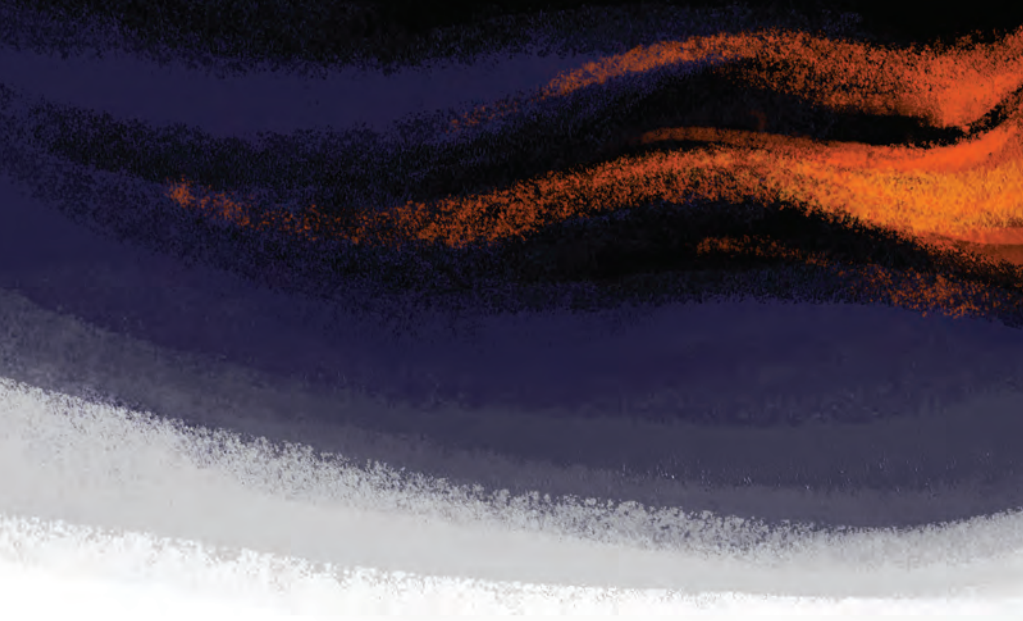
—Ah... —El segundo hombre suspiró—. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el sol: es de noche. Y entonces, y *entonces*, ¡oh, Dios, escucha! Este dragón, dicen que tiene ojos de fuego, y un aliento de gas blanquecino; se le ve arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, quemando la maleza. Las ovejas, aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y retornan al polvo. Las víctimas, a la salida del sol, aparecen dispersas aquí y allá, en la región de las colinas. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros?

—¡Ya es bastante!

—¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en qué año estamos.

—Novecientos años después de Navidad.

—No, no —murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados—. En este páramo no hay Tiempo, hay sólo Eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo se esfumaría, la gente no habría nacido



aún, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados todavía en las rocas, los maderos no cortados aún en los bosques; no preguntes cómo lo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la tierra del dragón de fuego. ¡Que Dios nos ampare!

—¡Si tienes miedo, cíñete tu armadura!

—¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe a dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundado a medias en el corselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

En el extremo de la oscura campiña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo sopló una ráfaga arrastrando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo. En el corazón del viento nuevo había soles negros y un millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba los huesos como cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre, depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una

niebla de la oscuridad; y el sitio no era sitio para el hombre y no había año ni hora, sino sólo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían tras la gran caída de cristales verdes: el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia empapó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

—Mira... —murmuró el primer hombre—. Oh, mira allá, *allá*...

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido: el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron en los caballos, en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta, y el dragón, rugiendo, se acercó, y se acercó todavía más. Su centelleante resplandor amarillo surgió encima de una colina y, enseguida, desple-



gando un cuerpo oscuro, lejano, la gran bestia imprecisa flotó sobre el promontorio y se hundió en el valle.

—¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

—¡Por aquí va a pasar!

Los **guanteletes** empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballos.

—¡Señor!

—Sí, invoquemos Su Nombre.

En ese instante, el dragón rodeó la colina. El monstruoso ojo ambarino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con reflejos y resplandores bermejos. Con terrible grito y un ímpetu demoledor, el caballero acometió contra la bestia.

—¡Piedad, Dios mío!





La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado, y el hombre voló por el aire. El dragón se le abalanzó, lo derribó, lo aplastó sobre la tierra. Al doblarse, con el negro embate de su flanco, lanzó al otro jinete a treinta metros de distancia, contra la pared rocosa. Gimiendo, gimiendo siempre, el dragón pasó, vociferando, todo fuego alrededor y debajo, fuego solar anaranjado; fuego amarillo, rosa, con plumones suaves de humo cegador.

—¿Lo has visto? —gritó una voz—. Tal como te lo dije.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Por Dios, lo atropellamos!

—¿Vas a detenerte?

—Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me da pavor, no sé qué siento.

—Pero le pegamos a *algo*.

—Aunque sonaras y sonaras el silbato, el tipo no se apartaría.

Una ráfaga de vapor cortó la niebla a un lado.

—Llegaremos a Stokely a horario. Echa más carbón, ¿eh?

Otro silbido sacudió el rocío del cielo desierto. El tren de la noche, con fuego y furia, atravesó raudamente una hondonada, dejando humo negro y un vapor que se disolvieron en el aire quieto, momentos después de pasar y perderse para siempre. 🍃

Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Ppadecer atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-
nada y pelaje áspero y escaso de color
café rojizo claro con dos líneas blancas
en los costados rodeadas de pelo más
oscuro; vive en túneles en el desierto,
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-
res que se colocan sobre un mástil y
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-
buye a quienes viven en comunidad o
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las
mujeres a la cintura para abultar la
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-
tura y música, aquello que evoca algo
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna
con brazos; sus flores son blancas y
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-
dios con figura de anciano que prote-
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a
aquel por donde viene el viento.
- susitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,
con el hocico redondeado, que vive en
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,
parecida al búho, de color pardo gri-
sáceo con manchas blancas, con dos
mechones de plumas a ambos lados de
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-
to es monótono y muy característico.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149